

Política y color en Cuba

Juan Antonio Madrazo Luna
 Coordinador Nacional del *Comité Ciudadanos
 por la Integración Racial*
 La Habana, Cuba

A un a comienzos de siglo se continúa *invisibilizando* el compromiso político de los negros cubanos, al igual que en la época colonial y republicana. A raíz de la muerte de Orlando Zapata Tamayo me vino a la imaginación el escritor y periodista Pedro Pérez Sarduy, quien afirmó en una conferencia en la Universidad Internacional de la Florida que los negros cubanos no estábamos interesados en la política.

Muchos de los que hoy formamos parte de la «ilustración subversiva» nos sentimos perturbados con sus palabras, pues estaban beneficiando una vez más los argumentos que, desde posición totalmente racista y excluyente, persiste en negar la impronta dejada por negros y mestizos en la historia política de la nación.

Los negros cubanos, además de ser partícipes en la construcción de una Cuba independiente, de permanecer al margen de la historia, hemos sido agentes de cambio en el orden político y social. El miedo al negro es una estrategia que aun continúa operando abiertamente, persiste como un componente más del racismo. El racismo cubano es la violencia de la esclavitud que hunde sus raíces en la conquista y la colonia. Es una herramienta ideológica que

continúa marcando al hombre negro como enemigo social, y que aún recorre un largo camino que le ha permitido fortalecerse y ampliar el radio de acción de sus víctimas.

La filosofía del mestizaje contribuye a ocultar el racismo como ideología profundamente enraizada en las relaciones interpersonales, en las prácticas cotidianas y en los ámbitos institucionales. Aún se sienten las secuelas que marcaron la vida del negro libre y conspirador José Antonio Aponte, héroe desconocido en los planes de enseñanza. Aponte no es sólo el único negro ilustre que dejó impronta en la historia política de la nación. A esa larga lista de nombres e imágenes congeladas de la historia pudiéramos sumar los nombres de Martín Morúa Delgado, Rafael Serra, Generoso Campos Marquetti, Margarito Gutiérrez, Antonio Medina Céspedes, Miguel Ángel Céspedes, Gustavo Urrutia, Evaristo Estenoz, Sandalio Junco, o mujeres que se destacaron como periodistas en los primeros años de la república, como Cristina Ayala, Úrsula Coimbra de Valverde, la poetisa África de Céspedes, Catalina Medina (hija de Antonio Medina), Carmelina Sarracent y Salie Derosme, quienes colaboraron activamente en

publicaciones como *Minerva* y *El Nuevo Criollo*.

Los silencios de la historia permiten reproducir opciones de vidas estereotipadas mediante narrativa, historiografía y medios audiovisuales. La sociedad cubana, a partir de los 90, asiste a una nueva edición de apertura de prejuicios y discriminaciones, una versión no menos dramática que la República de generales y doctores, pues la población negra, más allá de ser el eslabón más débil de la pirámide social, continúa amenazada por los perfiles y riesgos de la pobreza extrema. La reproducción generacional de las desventajas se manifiesta en familias enteras, una parte nada despreciable se encuentra atrapada en sus guetos sociales y culturales. La política de identidad de los negros cubanos continúa secuestrada: no se libera la estética negra reafirmada positivamente y la gestación de una solidaridad necesaria para construir colectividades políticas.

El círculo de la exclusión desde la identidad epidérmica tiende a perpetuarse. Aún el negro cubano no encuentra posibilidades reales y sostenidas de ocupar cargos políticos relevantes en los poderes formales, para impulsar transformaciones y tomar decisiones que modifiquen las verdaderas representaciones. No tiene participación activa en pie de equidad con los y las ciudadanas, sin distinción de raza, sexo e inclinación política.

La situación socioeconómica que enfrentan negros y mestizos es señal de que el racismo no sólo es asunto conceptual y cultural, sino

que también el factor económico es altamente influyente. El racismo determina la calidad de vida y produce desgarramiento de la identidad: es un fenómeno privadamente público, que forma parte de la nación y exige ser debatido entre todos públicamente. El racismo no es sólo un conflicto e instrumento de poder. Es zona en tensión silenciada, que permite dinamitar las dinámicas entre razas y revolución.

La ausencia de políticas públicas y el acoso a demandas ciudadanas desde la autonomía permiten la impunidad. Protestar, criticar al régimen y ser negro se convierte en doble peligro real. Ahí están registrados para la historia los testimonios de Jesús Yáñez Pelletier, Jesús Chambert Ramírez, Eusebio Peñalver Mazorra, Jorge Luis García Pérez (Antúnez) y Oscar Elías Biscet; el ostracismo a que fue condenado Walterio Carbonell, el destierro de Juan René Betancourt, el exilio involuntario de Carlos Moore, el desmantelamiento de las Sociedades Negras y Maceísta de Cuba, la satanización de políticos de la raza negra que formaron parte de la comunidad política de los gobiernos de Gerardo Machado y Fulgencio Batista...

La inmolación de Orlando Zapata Tamayo y los líderes y activistas afrodescendientes que hoy se enfrentan a la doble discriminación de la poderosa arrogancia anticubana, que manipula por igual la historia y el destino de toda una nación, constituyen ejemplo y paradigma de la determinación de los cubanos más humildes de hacer valer su identidad y autoestima.